

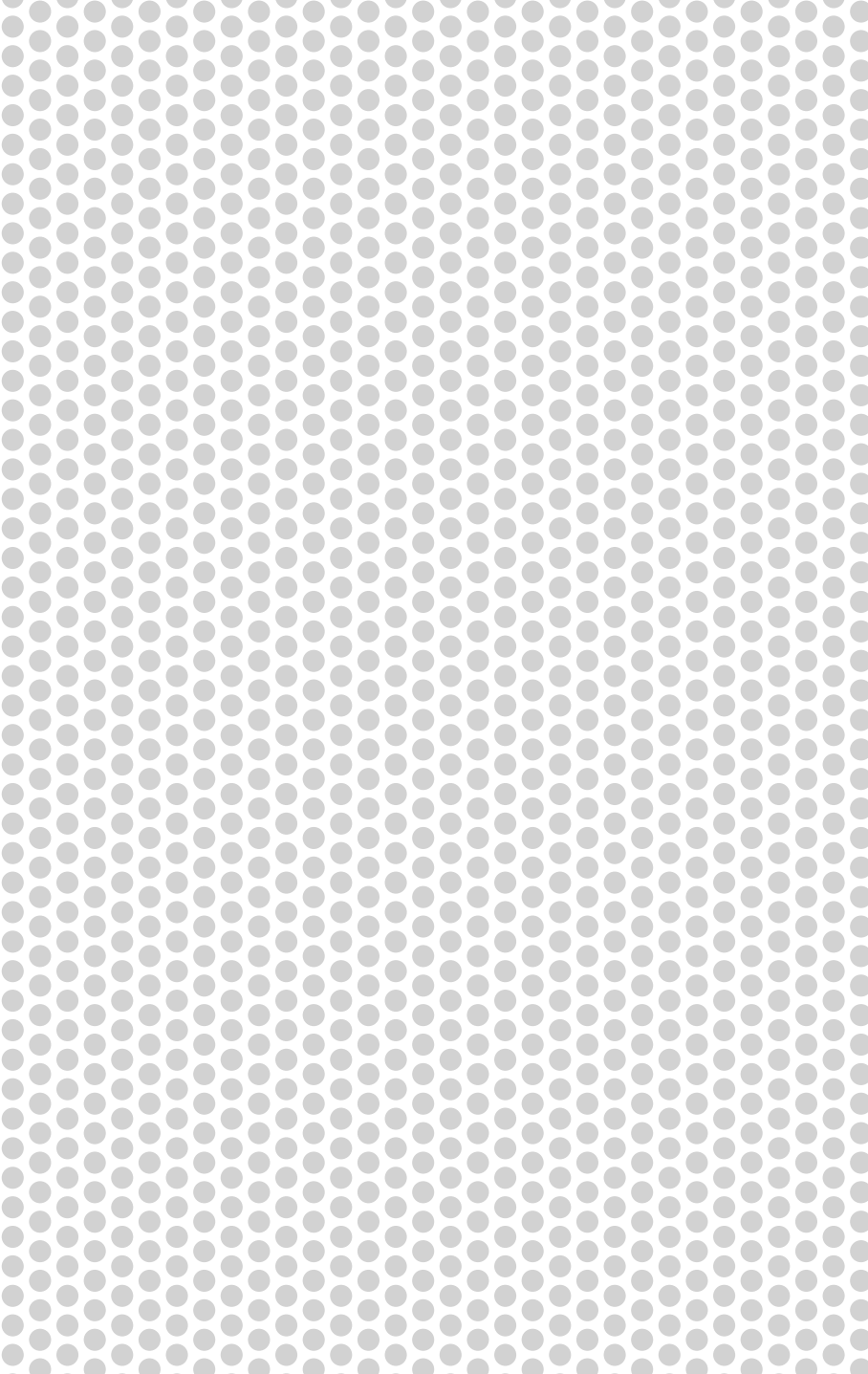


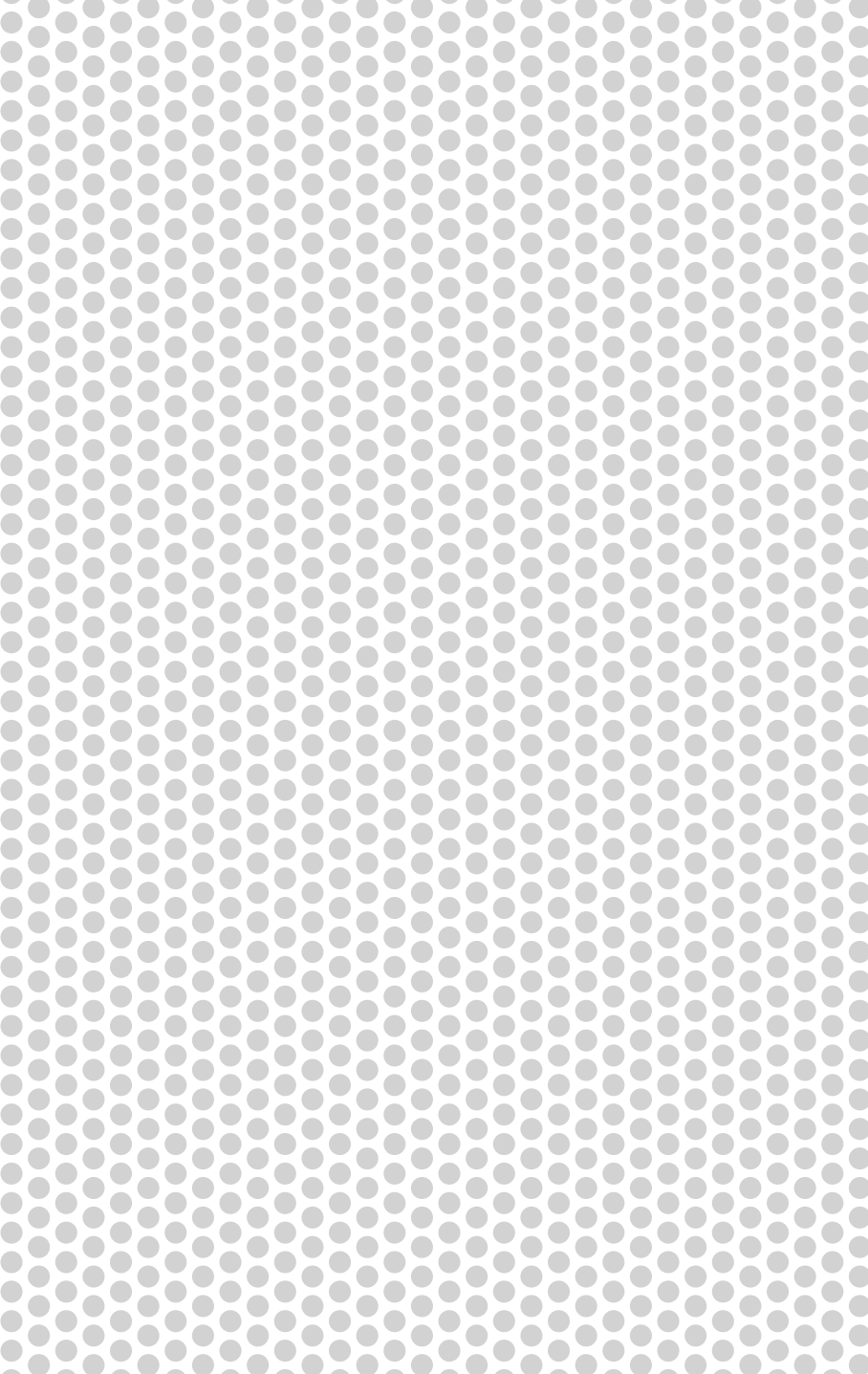
EL BARCO
DE VAPOR

La noche de los batracios

Martha Riva Palacio Obón









EL BARCO
DE VAPOR

La noche de los batracios

Martha Riva Palacio Obón

Ilustraciones de Carlos Vélez



Riva Palacio Obón, Martha

La noche de los batracios / Martha Riva Palacio Obón ; ilus. de Carlos Vélez.

– México : Ediciones SM, 2016

78 p. : il. ; 19 x 12 cm. – (El Barco de Vapor. Naranja ; 76 M)

ISBN : 978-607-24-2438-8

1. Literatura infantil. 2. Amistad – Literatura infantil. 3. Aventura – Literatura infantil. I. Vélez, Carlos, il. II. t. III. Ser.

Dewey 808.899 282 R58

© Del texto, Martha Riva Palacio Obón, 2016

© De las ilustraciones, Carlos Vélez, 2016

Gerencia de Literatura Infantil y Juvenil: Ana María Echevarría

Coordinación editorial: Olga Correa Inostroza

Diagramación: Magali Gallegos Vázquez

Primera edición, 2016

D. R. © SM de Ediciones, S. A. de C. V., 2016

Magdalena 211, colonia del Valle,

03100, Ciudad de México

Tel.: (55) 1087 8400

www.ediciones-sm.com.mx

ISBN 978-607-24-2438-8

ISBN 978-968-7791-76-0 de la colección El Barco de Vapor

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana

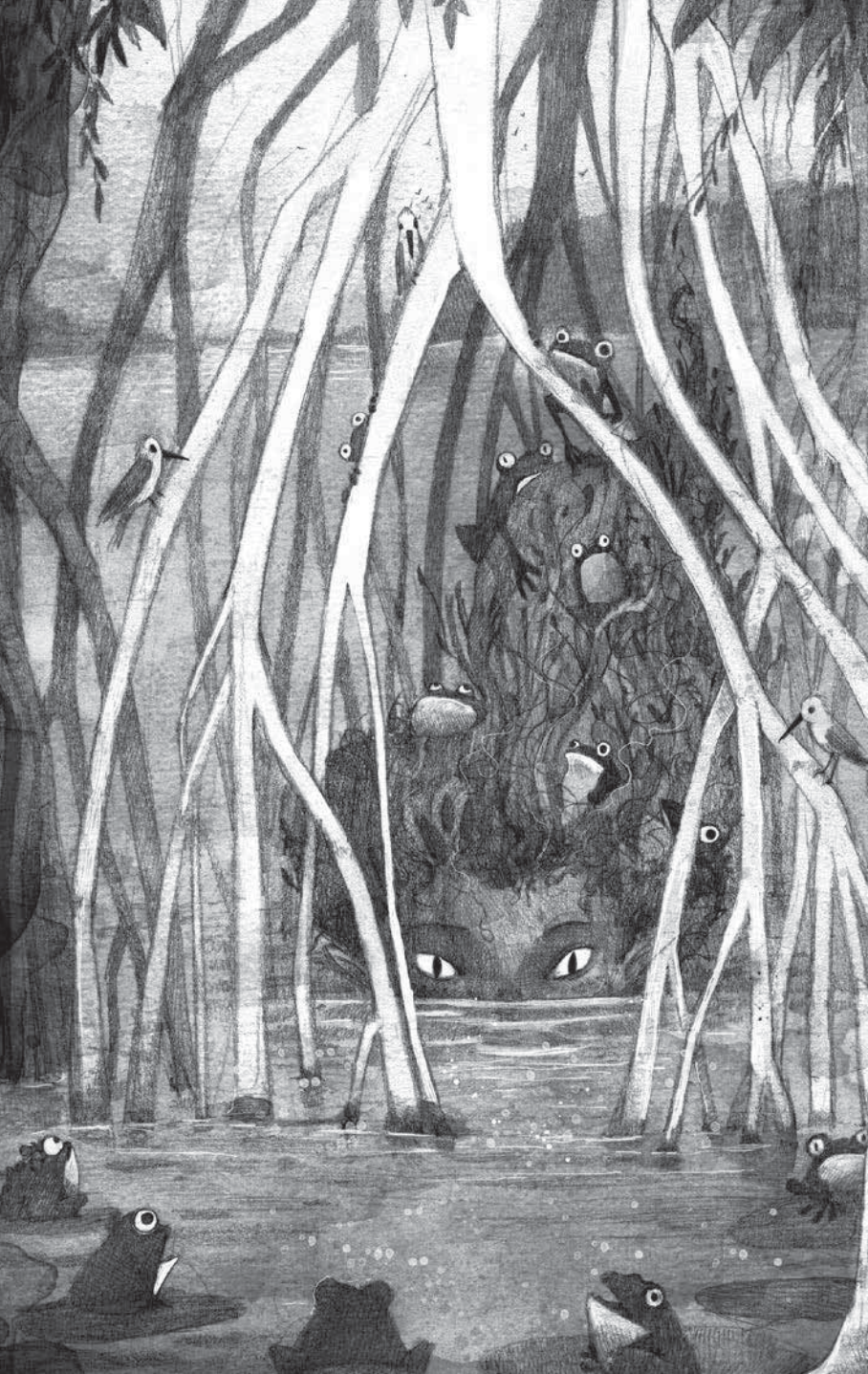
Registro número 2830

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, o la transmisión por cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La marca **El Barco de Vapor**® es propiedad de Fundación Santa María.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

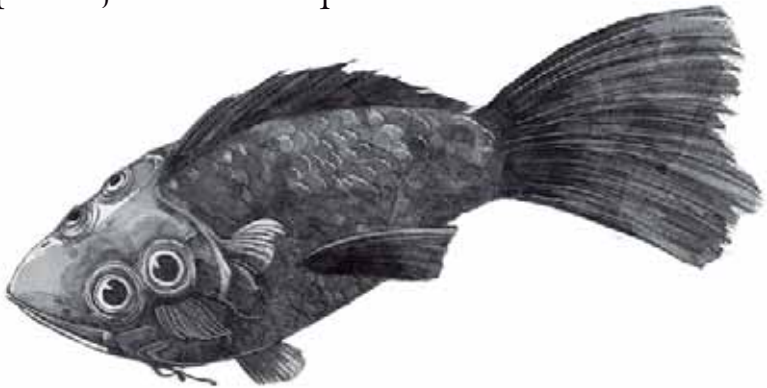


Cada isla tiene una gemela del otro lado. Flotan a la par por el agua y el éter fingiendo que no les interesa lo que suceda con la otra, pero en los archipiélagos espectrales existen fuerzas que aprovecharán cualquier rasgadura entre este mundo y el suyo para derramarse sobre nosotros. Si los espectros fueran idénticos a los humanos, no pasaría nada. Las cosas y los seres vivos cobrarían únicamente mayor densidad. Sin embargo, el universo no es simétrico y los archipiélagos tampoco. Así que lo que sucede cada vez que los habitantes de una isla invaden a los de su gemela, es que esta última termina hundiéndose bajo su peso.

Ella, que era pura hambre, había acechado esta isla en particular durante miles de años. No era gran cosa como isla, pero tenía que comérsela porque no podía concebir la posibilidad de no

comerse algo. Había husmeado pacientemente en funerales y bautizos buscando una rendija por la cual escabullirse junto con el enjambre de espectros que la seguían como rémoras. No había tenido suerte hasta ahora. Después de tanto buscar y desesperarse, la llave había aparecido por fin en un barco proveniente de tierra firme. Medía menos de un metro y medio, tenía pelo chino y cargaba con un hueco microscópico en el estómago. Sonrió desenroscándose; esto iba a ser divertido. Nunca antes le había tocado hacerse pasar por una niña.

MEDIA noche. Las ranas croaban sin fijarse en la sustancia oscura y viscosa que había brotado por entre los pilotes de la casa y que ahora se arrastraba lentamente hacia ellas. Lo único que importaba era cantar las moscas y el gozo de saltar diez metros de un solo golpe de anca. Las ranas continuaron croando incluso cuando las tinieblas se filtraron por sus narices. Cantaron los batracios con el cerebro nublado sin percatarse de que su canción ya no era sobre la vida sino sobre lo que se va pudriendo poco a poco bajo el limo. Ni siquiera se dieron cuenta de



que una de ellas, una rana que apenas había dejado de ser renacuajo, había desaparecido bajo las raíces del manglar.

Esa mañana, mientras limpiaba el pescado frente a su palapa, Kimona encontró una mojarra con cuatro ojos y sintió un escalofrío.

Tomándola de la punta de la cola, corrió a la playa y la echó al mar. Pero la mojarra, flotando de costado, pasó de la cresta de una ola a otra hasta volver a sus pies. Fue necesario devolverla siete veces al agua y cantar un conjuro para que el océano por fin aceptara llevársela de la isla. De vuelta al restaurante, la mujer se miró al espejo y descubrió que le habían salido otras dos canas en el cabello. Tenía que andar con los ojos muy abiertos: en algún lugar, cerca de ahí, el mundo se había agrietado.

Ana amaneció de muy mal humor y todo por culpa de las ranas. Recién llegada a la isla, le había gustado escucharlas croar alrededor de la casa durante la noche. Pero de una semana para acá, habían comenzado a cantar diferente. Ahora, cada vez que las oía, su cabeza se llenaba de preguntas que no se atrevía a hacerse en voz alta. La noche anterior finalmente había descubierto qué era lo que le molestaba de los anfibios: estaban desafi-

nando. Comprender esto no fue de gran ayuda, ya que ahora el preguntarse qué provocaba que las habitantes de las dunas cantaran fuera de tono le espantó aún más el sueño. Tampoco le hizo sentir mejor que al contarle a su mamá durante el desayuno que las ranas desafinaban, esta dijera que seguramente eran los fantasmas de los esclavos que venían a saludarla. Clara —que tenía su cabeza la mitad del tiempo en el aire— siempre decía cosas como esas. Explicaciones mitad en serio y mitad en juego que dejaban a su hija más perpleja que antes. La ligereza de Clara asustaba a Ana. A veces le hubiera gustado amarrar un hilo al talón de su mamá para asegurarse de que no fuera a salir volando durante una tormenta.

Por si acaso, Ana decidió no volver a tocar el tema de las ranas con Clara. Después de vivir dos años en casa de sus abuelos, secándose en esa atmósfera sofocante y sin sentido del humor, volver a pasar tanto tiempo a solas con su mamá la ponía muy nerviosa. La doctora había dado de alta a Clara diciendo que esta ya estaba del otro lado. Pero Ana no podía evitar preguntarse qué haría si su mamá presentaba una recaída. Clara, ligera y sonriente, insistía en dar caminatas interminables por la playa cuando se ponía el sol, pero

no engañaba a su hija. Ana estaba segura de que en el fondo su mamá se sentía tan cansada y tan a la deriva como ella. Tal vez por eso pasaba horas meciéndose en la terraza de esta casa que parecía estar a dos minutos de quedar sepultada bajo una montaña de arena y maleza. Cada vez que Clara se quedaba dormida, su hija se acercaba a comprobar que seguía respirando. Después de todo no quería que sus abuelos dijeran que no era capaz de cuidar de su mamá y la usaran de pretexto para retenerlas otros mil años en su casa. Ana no sabía qué odiaba más, si a sus abuelos o los pretextos.

Tal vez a ambos.

Al fin de cuentas, sus abuelos —que no soportaban que la gente se divirtiera— eran genios malignos de los pretextos. En todo el tiempo que vivió con ellos, no había podido ir a ninguna de las fiestas de sus compañeros de salón porque los ancianos siempre encontraban la excusa perfecta para dejarla encerrada. Y si a ella se le ocurría sugerir hacer una reunión en su casa, ¡peor! ¿No veía que su mamá necesitaba descanso?! Ana hubiera querido mandar al diablo a este par de pescados secos, pero Clara —con todo el cansancio del hospital a cuestas— le pedía que les tuviera paciencia porque las estaban ayudando. Pero,

¿cómo vivir con alguien que a cambio te exige que no te rías? Lo bueno es que eso ya era cosa del pasado. Su mamá le había prometido que lo primero que harían volviendo de vacaciones sería encontrar un departamento para ellas solas. No compartirían más casa con los abuelos.

Pero esa mañana, mientras buscaba renacuajos en el charco que se había formado entre los pilotes de la casa, Ana traía cosas más pesadas en la cabeza. La próxima semana iba a cumplir nueve años y nada había resultado ser como ella esperaba. Cruzar de los ocho a los nueve prometía ser igual de aburrido que el paso de los siete a los ocho. Ni siquiera le animaba pasar su cumpleaños en la playa. A diferencia de Clara, que ya se llevaba de piquete de ombligo con los isleños, su hija era pésima haciendo amigos. Veía ir y venir a los pocos chicos que vivían de este lado de la isla sin animarse a saludarlos. Tampoco ellos parecían muy interesados en ella. ¿De qué sirve cumplir años si no tienes amigos con quien celebrar? El agujero en el estómago de Ana se hizo dos milímetros más grande, sintió la presencia maligna de sus abuelos burlándose de ella. Tal vez le habían lanzado una maldición que no la dejaría divertirse nunca más en la vida.

Una mujer robusta y canosa avanzó por el sendero de arena. Traía una canasta y un vestido con una inmensa flor colorada que de seguro tenía encandilados a todos los insectos de la región. Desde que se enteró de que Clara y su hija habían alquilado esta casa en medio de la nada, Kimona venía a visitarlas con frecuencia. Siempre traía algo de comer y se rehusaba a que le pagaran. Tal vez presentía todas esas tardes que Clara había pasado en tratamiento y tampoco se dejaba engañar por su sonrisa. Tal vez eran ciertos los rumores de que era una bruja de medio tiempo. A Ana le caía bien esta señora inmensa que olía a pescado frito y coco, pero le desconcertaba que la mirara como si supiera que estaba a punto de cometer una travesura.

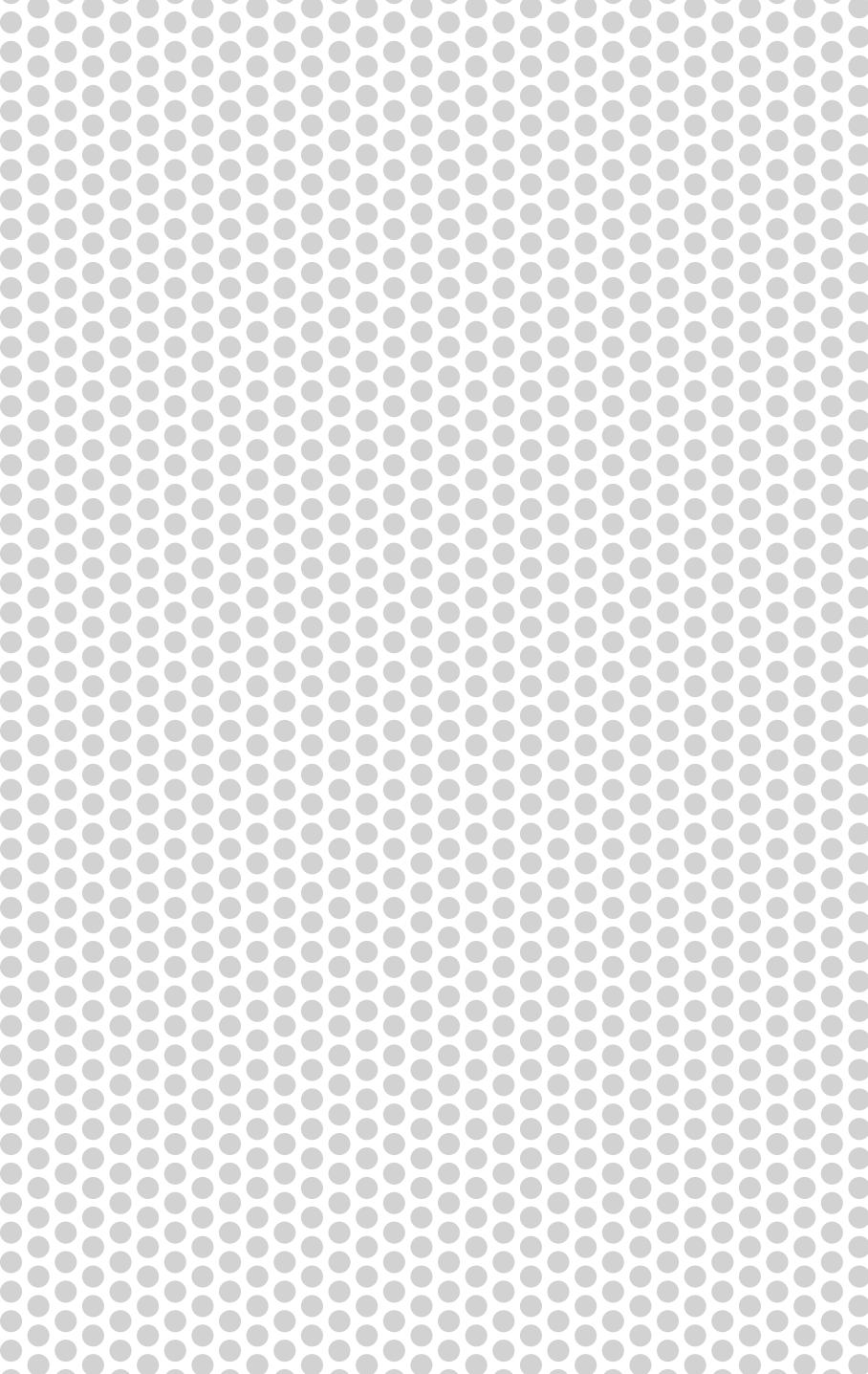
Hoy en especial no tenía ganas de hablar con nadie mayor a un metro y medio, así que se escabulló entre los pilotes de la casa y corrió hasta el manglar que crecía al final de la playa. Clara le había dado permiso de andar por donde quisiera, menos por ahí. Decía que Ana podía perderse, o peor, convertirse en el desayuno de algún caimán. Aunque por asomarse a la orilla no iba a pasar nada, ¿verdad? No era muy hondo y, si veía algo, podía pararse y salir corriendo. O chapaleando si

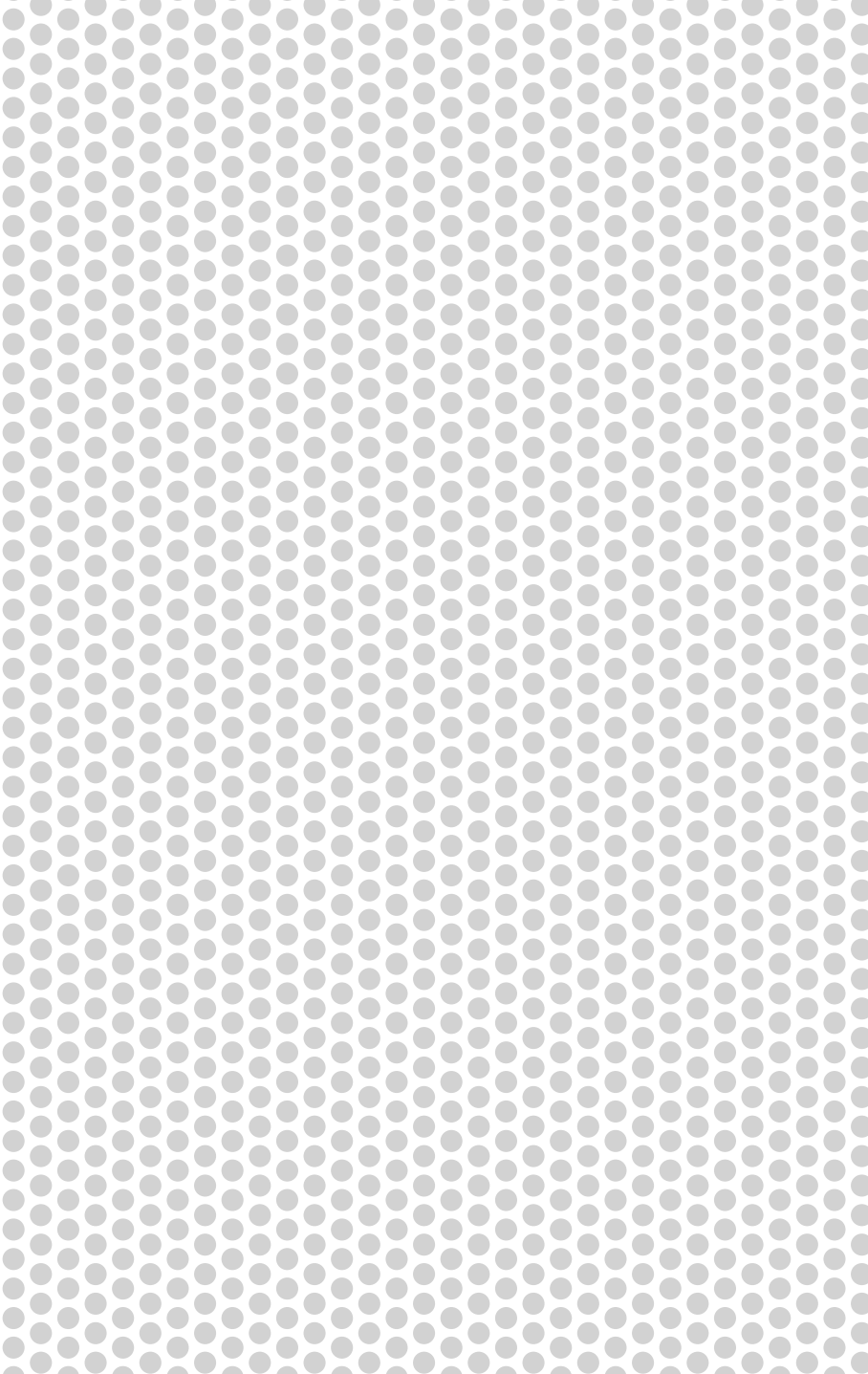
era el caso. Sin prestar atención a los mosquitos que zumbaban a su alrededor, Ana se metió al agua y, sumergiéndose, espió divertida a los peces transparentes que nadaban entre las raíces. Si te fijabas bien, podías ver sus intestinos. ¿Qué pasaría si los tocaba? Ana extendió la mano lentamente para no asustarlos. Estaba a punto de tocar uno de los peces cuando escuchó que alguien la llamaba. ¡Psssssssssssssst!

Sacó la cabeza del agua y miró a su alrededor. No había nadie, de seguro había sido el zumbido de un mosquito. Volvió a sumergirse, pero los peces se habían esfumado. ¡¡Psssssssssssssssssssssssst!! A la quinta *s* del *psssssssssssssssssssssst*, Ana ya estaba trepada en uno de los mangles. Tal vez sí había un caimán después de todo. Abrazándose al tronco húmedo y resbaloso, buscó al reptil por todos lados, pero no vio nada. Más vale prevenir que terminar como almuerzo, así que decidió contar hasta un minuto antes de volver a nadar. Un cocodrilo, dos cocodrilos, tres cocodrilos, cuatro cocodrilos, cinco coco...

—¡¡¡PSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSST!!!

El árbol vibró con fuerza y Ana cayó al agua dando un grito. Levantándose, chapaleó hacia la orilla pero, al voltear hacia atrás, descubrió que





9 +



El carnaval está por iniciar, todos los seres humanos han sido invitados. Todos hasta Ana, que intenta recuperar el sueño mientras evita que su mamá se vaya flotando por una ventana. Islas con hermanas gemelas, un baño indómito, espectros capaces de beberse un océano entero, una amistad y un coro desafinado de anfibios. Cada uno de ellos tiene un lugar en esta historia.



En la noche de los batracios puede **suceder de todo**, pero el secreto es fijarse, siempre, en **quién viene a cenar**.



FAMILIA



FANTASÍA



MISTERIO